La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

							J
	K			3			
						L	
		M		2			
N							

SOLUCION

J=Rey; K=Dama; L=Caballo; M=Torre; N=Alfil.

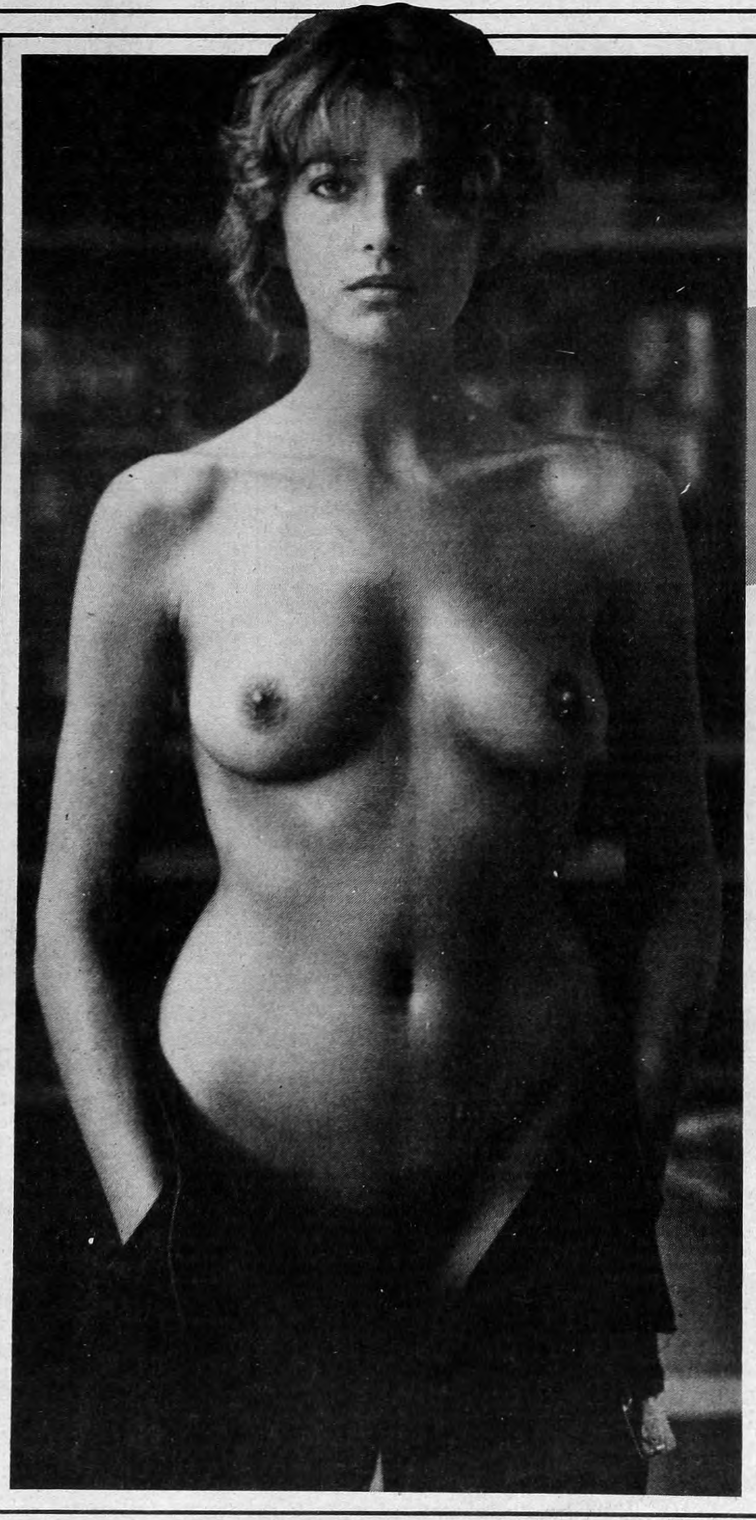
Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
8	7	1	4	0	1
8	6	0	2	1	1
9	5	6	3	1	0
4	5	0	6	0	1

SOLUCION 9072.

Verano/12



PROPINA

(Por Adrián Abonizio) Va y viene en la noche oscura con un extraño vaivén de alcohólica o de loca. Está detenida en la puerta, asustada por lo que siente. Las tripas le dan puntadas. La cerveza de la tarde, el vino denso de hace unas horas y el champagne que le sirvieron casi a la fuerza, la ponen contra la pared a punto de caer o de que le estalle la cabeza. Tiene pocos años para un lugar en donde las seguridades mandan. El tostado en su piel asegura el temple, el vigor y el buen pasar en los hombres. En las mujeres sostiene apenas fantasmales vestidos claros, sonrisas luminosas y caras con finos brochazos de colores. El portero es el único sobreviviente de la madrugada que no desentona con ella. Es negro y luce cansado. Enciende un cigarrillo al amparo de sus manos. La observa con ojitos entrecerrados.

¿Te sentís mal? El ha visto flamantes novios de alcurnia deshacerse en halagos frente a sus autos, despedirse de embajadores con tarjetas, todos con el paso nebuloso, la fina borrachera de las clases estiradas. Por más que disimulen no se las bancan igual que todos. Lo que varía es la calidad de la bebida. Esta piba parece distinta. La relojea de arriba a abajo. Como ella no contesta deduce que está muy mareada. Ella dice sí con el mentón. Mientras el negro la contempla ella sabe que dejó adentro algo imposible de ser. Fue invitada por una amiga circunstancial quien le presentó un tipo atractivo, bien puesto, calmo, estúpido y particularmente desagradable. Pero ya era tarde. Por eso es que tomó como para años. Y bailó con él. Y entonces él quiso subirla a las dependencias superiores y ella se negó y después vino el rodillazo y el arrepentimiento y la despedida torpe. Por otra parte: ¿qué tiene ella que hacer ahí? Piel de otro monte. Apenas si llega a fin de mes. Lecturas, el halago de odiar a gente inescrupulosa, de no saberse torcida ni rota, unos viejos en un lejano almacén de provincia, un hermano que donó la sangre para una causa, un pasado de lucha. ¿A esto hemos llegado?, pregunta en voz alta. ¿Perdimos? ¿Qué hace que tenga que disfrazarme y jugar a la leona de dos mundos, cuando hace tiempo detestaba hasta pasar por la puerta de este boliche? El negro la sigue mirando. Ella le dirige una mirada oblicua. Se resiste a preguntarle cuánto gana. Una miseria —se contesta ella—. El le pregunta si está bien. Gracias —dice ella—. Aunque las piernas le tiemblen, se siente todavía invicta. Por al lado cruzan los que vinieron con ella. Hay un soplo de energía frívola y ausente. Su amiga luce encaramada en el borde de una portezuela del convertible. Ríe, la garganta echada hacia atrás como si filmara. ¿Venís? —grita—. No, voy caminando. Y hace algo absurdo, como para rubricar alguna cosa. Le da la mano al negro y se despide respetuosamente. Hay un territorio de juegos al que no va a volver. En la esquina trastabilla. Como una Cenicienta posmoderna, se ha olvidado su zapato. El negro lo sostiene en sus manos como una absurda propina del amanecer.

PRIMER AM

Por Antonio Dal Masetto

En aquellos tiempos todavía no odiaba nada ni a nadie. Tenía doce años y estaba enamorado. Meses atrás, no muchos, había cruzado el océano en un barco de inmigrantes, había visto llorar a hombres rudos mientras mirábamos esfumarse la costa en los vapores del mediodía, había llorado a mi vez y me había escapado de popa a proa para ponerme a soñar con América. Escrutaba el horizonte y fantaseaba acerca de llanuras, caballos impetuosos, espuelas de plata y sombreros de ala ancha.

Lo que me esperaba al cabo de la travesía fue un puerto como todos, hierro y óxido, anchas avenidas empedradas, bandadas de palomas, más allá de las palomas de una ciudad como un muro. Después vino el tren lento a través de los campos invernales, estaciones vacías, campanazos que anunciaban la partida y estremecían el silencio y, finalmente, el pueblo. Nada de sombreros de ala ancha.

Lo primero fue cambiar los pantalones cortos por un par de mamelucos, los zapatos por alpargatas. Me enseñaron el recorrido de la clientela, me dieron una bicicleta y me pusieron a repartir carne. Tuve que soportar el desconocimiento del idioma y las burlas de los pibes en las que, por lo menos al principio, no alcanzaba a distinguir más que la palabra gringo. De todos modos no me quedaba quieto y cuando tenía uno a mano me le tiraba encima. Pero no había demasiado convicción en esas peleas. Y en los baldíos, en las calles de tierra, lo único que dejamos fueron algunos botones.

Lo cierto es que ahora pedaleaba de mañana, pedaleaba de tarde y estaba enamorado. Ella se llamaba Renata, usaba trenzas, tenía los ojos pardos y vivía en una gran casa, con una chapa de bronce en la puerta, donde yo tocaba timbre cada día para entregar el pedido. La amaba porque era hermosa, porque era la hija del doctor y porque era malvada. Por lo menos eso comentaban algunas clientas vecinas, cuyas hijas eran sus compañeras en el colegio de monjas. Nunca me pregunté qué clase de perversidades pudieron haberle ganado ese calificativo. Pero en esos meses, para mí, la maldad se convirtió en un atributo de la perfección.

El domingo en que la vi por primera vez, Renata cruzaba la plaza con unas amigas, venían de misa. Ella caminaba en el centro, la cabeza erguida como un líder, hablaba muy seria y las demás reían ruidosamente a su alrededor. Vaya a saber lo que sentí realmente, pero quedé turbado y esa noche tardé en dormirme. De algún modo debí intuir que aquel encuentro significaba algo especial, una nueva etapa. Hasta ese momento me había estado asomando al pueblo y sus calles como sobre un pozo sin fondo, donde no había respuestas, ni siquiera preguntas, sólo estupor y una calma de agua estancada. Puedo recordar los amaneceres escarchados, la quietud del río, las noches sin vida, aquellos dos caballos tristes y pacientes bajo la lluvia en el terreno cercado por alambres de púas. Vivía como aletargado por todo eso, sumergido en un asombro quieto y distante. No sabía si alguna cosa en mí estaba exigiendo un cambio. Era un adolescente inquieto, pero la prueba a la que estaba sometido casi no permitía rebeldías, no pedía aceptación ni rechazo, simplemente me rodeaba con su abandono, me enquistaba y me anulaba.

Después de encontrarme con Renata, en los días siguientes, cuando averigüé que vivía en aquella casa y me puse a soñar con ella, aprendí, entre otras cosas, que había en mí una capacidad de sufrimiento hasta entonces insospechada. Y me lo repetía a cada rato: "Sufro, estoy sufriendo, nunca sanaré de este dolor". Estaba realmente convencido. Pero también era cierto, y seguramente sólo lo supe años más tarde, que todo ese desgarramiento no me debilitaba, al contrario, comenzaba a teñir de colores reconocibles y familiares esos días vacíos. A medida que aceptaba ese mundo como mío, percibía que se iba desintegrando la rigidez que me separaba de todo. La esperanza que cada mañana respiraba en el aire helado, el sobresalto renovado cada vez que veía a Renata salir del colegio entre sus compañeras (un delantal blanco siguió representando para mí, durante mucho tiempo, el símbolo del amor y la aristocracia pueblerina), eran cosas reales, que me devolvían una identidad. De este modo, sin saberlo ella, la presencia de Renata iba introduciendo cierto orden en mi desconcierto. Me hundía en la impotencia, era verdad, pero me salvaba del desarraigo. Seguramente, por lo menos al principio, ni siquiera debió darse cuenta de mi existencia. Y aun más tarde, después de aquel primero y único contacto en el jardín, es probable que no haya vuelto a fijarse en mí. Sin embargo, desde esas distancias, ella me marcaba una dirección. Mi sometimiento consistía en sufrir y sentirme vivo.

Y así, aquellas calles se llenaron de actividad, de cálculos, de horarios, de estrategias. Siempre estaba yéndome o llegando, partía con cualquier excusa, me ofrecía para todos los mandados. Pasaba por su casa, por la de alguna amiga, por la iglesia, por el club, por cada sitio donde suponía que podía estar. Corría permanentemente. Pero, en realidad, era ella la dueña del movimiento. Se desplazaba y yo respondía girando a su alrededor, a una cuadra de distancia, a cinco, a diez, como si estuviera atado con un hilo, ensayando vastos rodeos, encarando finalmente por una calle donde ella venía avanzando, para cruzarla de frente y pasar a un par de metros, pedaleando fuerte, la mayoría de las veces sin atreverme siquiera a mirarla. Llevaba en el bolsillo una libreta en la que anotaba: "Martes 17, la vi; miércoles 18, la vi; jueves 19, la vi dos veces; viernes 20, la vi, me parece que me miró".

Una mañana toqué timbre y salió ella a atenderme. Había delirado con esa ocasión, pero no supe qué hacer y todos mis planes se diluyeron. Me quedé mirándola, inmovi-

Antonio Dal Masetto nació en Italia en 1938 y emigró a la Argentina en 1950. Antes de poder ganarse la vida con su prosa fue albañil, pintor, heladero, vendedor ambulante de artículos para el hogar, empleado público, y luego periodista. Ha publicado "Cantorrodado" (poemas, 1963) "Lacre" (cuentos, 1964), "Siete de oro" (novela, 1969), "Fuego a discreción" (novela, 1983), "Siempre es difícil volver a casa" (1985), "Ni perros ni gatos" (cuentos, 1987), "Reventando corbatas" (cuentos, 1989) y "Oscuramente fuerte es la vida", una novela publicada recientemente por Planeta que agotó la primera edición a los treinta días de aparecer a la venta y que actualmente será reeditada. Dal Masetto es además guionista cinematográfico ("Hay unos tipos abajo"), colaborador de Página/12 y coordinador de talleres literarios.



Por Antonio Dal Masetto

PRIMER AMOR

Antonio Dal Masetto nació en Italia en 1938 y emigró a la Argentina en 1950. Antes de poder ganarse la vida con su prosa fue albañil, pintor, heladero, vendedor ambulante de artículos para el hogar, empleado público, y luego periodista. Ha publicado "Cantorrodado" (poemas, 1963) "Lacre" (cuentos, 1964), "Siete de oro" (novela, 1969), "Fuego a discreción" (novela, 1983), "Siempre es difícil volver a casa" (1985), "Ni perros ni gatos" (cuentos, 1987), "Reventando corbatas" (cuentos, 1989) y "Oscuramente fuerte es la vida", una novela publicada recientemente por Planeta que agotó la primera edición a los treinta días de aparecer a la venta y que actualmente será reeditada. Dal Masetto es además guionista cinematográfico ("Hay unos tipos abajo"), colaborador de **Página/12** y coordinador de talleres literarios.

En aquellos tiempos todavía no odiaba nada ni a nadie. Tenía doce años y estaba enamorado. Meses atrás, no muchos, había cruzado el océano en un barco de inmigrantes, había visto llorar a hombres rudos mientras mirábamos esfumarse la costa en los vapores del mediodía, había llorado a mi vez y me había escapado de popa a proa para ponerme a soñar con América. Escrutaba el horizonte y fantaseaba acerca de llanuras, caballos impetuosos, espuelas de plata y sombreros de ala ancha.

Lo que me esperaba al cabo de la travesía fue un puerto como todos, hierro y óxido, anchas avenidas empedradas, bandadas de palomas, más allá de las palomas de una ciudad como un muro. Después vino el tren lento a través de los campos invernales, estaciones vacías, campanazos que anunciaban la partida y estremecían el silencio y, finalmente, el pueblo. Nada de sombreros de ala ancha.

Lo primero fue cambiar los pantalones cortos por un par de mamelucos, los zapatos por alpargatas. Me enseñaron el recorrido de la clientela, me dieron una bicicleta y me pusieron a repartir carne. Tuve que soportar el desconocimiento del idioma y las burlas de los pibes en las que, por lo menos al principio, no alcanzaba a distinguir más que la palabra gringo. De todos modos no me quedaba quieto y cuando tenía uno a mano me le tiraba encima. Pero no había demasiado convicción en esas peleas. Y en los baldíos, en las calles de tierra, lo único que dejamos fueron algunos botones.

Lo cierto es que ahora pedaleaba de mañana, pedaleaba de tarde y estaba enamorado. Ella se llamaba Renata, usaba trenzas, tenía los ojos pardos y vivía en una gran casa, con una chapa de bronce en la puerta, donde yo tocaba timbre cada día para entregar el pedido. La amaba porque era hermosa, porque era la hija del doctor y porque era malvada. Por lo menos eso comentaban algunas clientas vecinas, cuyas hijas eran sus compañeras en el colegio de monjas. Nunca me pregunté qué clase de perversidades pudieron haberle ganado ese calificativo. Pero en esos meses, para mí, la maldad se convirtió en un atributo de la perfección.

El domingo en que la vi por primera vez, Renata cruzaba la plaza con unas amigas, venían de misa. Ella caminaba en el centro, la cabeza erguida como un líder, hablaba muy seria y las demás reían ruidosamente a su alrededor. Vaya a saber lo que sentí realmente, pero quedé turbado y esa noche tardé en dormirme. De algún modo debí intuir que aquel encuentro significaba algo especial, una nueva etapa. Hasta ese momento me había estado asomando al pueblo y sus calles como sobre un pozo sin fondo, donde no había respuestas, ni siquiera preguntas, sólo estupor y una calma de agua estancada. Puedo recordar los amaneceres escarchados, la quietud del río, las noches sin vida, aquellos dos caballos tristes y pacientes bajo la lluvia en el terreno cercado por alambres de púas. Vivía como aletargado por todo eso, sumergido en un asombro quieto y distante. No sabía si alguna cosa en mí estaba exigiendo un cambio. Era un adolescente inquieto, pero la prueba a la que estaba sometido casi no permitía rebeldías, no pedía aceptación ni rechazo, simplemente me rodeaba con su abandono, me enquistaba y me anulaba.

Después de encontrarme con Renata, en los días siguientes, cuando averigüé que vivía en aquella casa y me puse a soñar con ella, aprendí, entre otras cosas, que había en mí una capacidad de sufrimiento hasta entonces insospechada. Y me lo repetía a cada rato: "Sufro, estoy sufriendo, nunca sanaré de este dolor". Estaba realmente convencido. Pero también era cierto, y seguramente sólo lo supe años más tarde, que todo ese desgarramiento no me debilitaba, al contrario, comenzaba a teñir de colores reconocibles y familiares esos días vacíos. A medida que aceptaba ese mundo como mío, percibía que se iba desintegrando la rigidez que me separaba de todo. La esperanza que cada mañana respiraba en el aire helado, el sobresalto renovado cada vez que veía a Renata salir del colegio entre sus compañeras (un delantal blanco siguió representando para mí, durante mucho tiempo, el símbolo del amor y la aristocracia pueblerina), eran cosas reales, que me devolvían una identidad. De este modo, sin saberlo ella, la presencia de Renata iba introduciendo cierto orden en mi desconcierto. Me hundía en la impotencia, era verdad, pero me salvaba del desarraigo. Seguramente, por lo menos al principio, ni siquiera debió darse cuenta de mi existencia. Y aun más tarde, después de aquel primero y único contacto en el jardín, es probable que no haya vuelto a fijarse en mí. Sin embargo, desde esas distancias, ella me marcaba una dirección. Mi sometimiento consistía en sufrir y sentirme vivo.

Y así, aquellas calles se llenaron de actividad, de cálculos, de horarios, de estrategias. Siempre estaba yéndome o llegando, partía con cualquier excusa, me ofrecía para todos los mandados. Pasaba por su casa, por la de alguna amiga, por la iglesia, por el club, por cada sitio donde suponía que podía estar. Corría permanentemente. Pero, en realidad, era ella la dueña del movimiento. Se desplazaba y yo respondía girando a su alrededor, a una cuadra de distancia, a cinco, a diez, como si estuviera atado con un hilo, ensayando vastos rodeos, encarando finalmente por una calle donde ella venía avanzando, para cruzarla de frente y pasar a un par de metros, pedaleando fuerte, la mayoría de las veces sin atreverme siquiera a mirarla. Llevaba en el bolsillo una libreta en la que anotaba: "Martes 17, la vi; miércoles 18, la vi; jueves 19, la vi dos veces; viernes 20, la vi, me parece que me miró".

Una mañana toqué timbre y salió ella a atenderme. Había delirado con esa ocasión, pero no supe qué hacer y todos mis planes se diluyeron. Me quedé mirándola, inmovilizado, con mis mamelucos color ladrillo y mis alpargatas deshilachadas.

—Traigo la carne —murmuré, con un tono y una torpeza que inmediatamente me hicieron sentir avergonzado.

No se dignó tomar el paquete. Se hizo a un lado y me señaló una puerta:

—Dejalo ahí, sobre la mesa.

Obedecí. Cuando ya me iba, oí que decía:

—Esperá.

Me detuve.

—¿Por qué siempre me andás mirando? —preguntó.

Sentí que me temblaban las rodillas y aparté la vista. Me dije que no habría otra oportunidad como ésa y me esforcé por construir una respuesta en un castellano decente, pero cuando la tuve lista ya era tarde.

—Vení —dijo Renata.

La seguí. Recorrimos el pasillo y salimos por la puerta del fondo. Entonces vi el jardín que tantas veces había vislumbrado desde la calle. Aquello era como entrar en un mundo prohibido. Me guió entre una doble hilera de naranjos hasta la pared que separaba el terreno de la casa vecina.

—¿Sabés qué es? —preguntó señalando con el dedo.

—Un rosal —contesté.

—Eso es lo que parece —dijo.

Calló y advertí que era más alta que yo. De todos modos, la incomodidad del comienzo había ido desapareciendo. Renata se acercó un poco más al rosal y me contó una historia:

—Mi bisabuela se llamaba Renata, igual que yo. Era una mujer bellísima. Mi bisabuelo viajaba y la dejaba mucho tiempo sola. Se enamoró de un sobrino, quince años menor que ella, un muchacho. Pero él la rechazó. Entonces lo mató y lo enterró acá, junto al muro. A la semana notó que en ése lugar había nacido un rosal. Tomó una tijera y lo cortó. Pero el rosal volvió a crecer. Lo cortó. Y así muchas veces. Hasta que un día, mientras trataba de arrancarlo, se pinchó un dedo con una espina y quedó embarazada. Cuando dio a luz advirtió inmediatamente que el recién nacido era el sobrino que había asesinado. Entonces pensó en matarlo otra vez, aunque finalmente decidió alimentarlo y criarlo. Pero el chico no paraba nunca de mamar, jamás estaba satisfecho. Acabó con su leche y comenzó a chuparle la sangre. Mi bisabuela se fue debilitando y al poco tiempo murió.

Mientras hablaba, Renata no había dejado de mirarme. Calló y en el silencio que siguió pude advertir por primera vez el chillido de los pájaros. Sentí que ese jardín no estaba en el pueblo, sino en otra parte, y que tal vez nunca volviese a salir de él. No me sentía alterado, apenas un poco deslumbrado, extrañamente bien, como si aquello fuese natural y me hubiese pertenecido desde siempre. Por un momento, en esos minutos suspendidos, pude pensar que entre Renata y yo no había diferencias, que éramos iguales y lo seguiríamos siendo mientras permaneciésemos ahí.

—Dame la mano —dijo ella.

Estiré el brazo. Me arrastró suavemente, acercó mi mano al rosal y me hizo pinchar con una espina. Soporté sin chistar, sin moverme. Retuvo mi dedo frente a ella para ver brotar la sangre. Entonces busqué en sus ojos el placer perverso del que había oído hablar. Pero lo que vi fue gravedad y, me pareció, el color de la tristeza.

—Ahora —sentenció— vas a quedar embarazado como mi bisabuela.

Me soltó. Un golpe de viento trajo el olor de la primavera próxima y sentí que también en mí se disolvían durezas y entorpecimientos, que estaba dentro de una ceremonia y que en la voz de Renata y en su historia tal vez hubiese una verdad todavía incomprensible. Ella volvió a hablar.

—Andate —dijo.

Pero no había prepotencia en el tono, ni siquiera era una orden, sino la manifestación simple y clara de algo que debía ser hecho. Crucé el jardín, salí a la vereda y caminé hasta doblar la esquina. Apoyé la bicicleta contra un árbol, saqué mi libreta, la abrí y aplasté la gota de sangre sobre una hoja en blanco. Volví a guardarla en el bolsillo de la camisa, contra el corazón. Después me llevé el dedo a los labios y lo mantuve ahí. Monté y pedaleé calle abajo, hacia el horizonte quieto y abierto que se divisaba más allá de las casas.



IOR

lizado, con mis mamelucos color ladrillo y mis alpargatas deshilachadas.

—Traigo la carne —murmuré, con un tono y una torpeza que inmediatamente me hicieron sentir avergonzado.

No se dignó tomar el paquete. Se hizo a un lado y me señaló una puerta:

—Dejalo ahí, sobre la mesa.

Obedecí. Cuando ya me iba, oí que decía:

—Esperá.

Me detuve.

—¿Por qué siempre me andás mirando? —preguntó.

Sentí que me temblaban las rodillas y aparté la vista. Me dije que no habría otra oportunidad como ésa y me esforcé por construir una respuesta en un castellano decente, pero cuando la tuve lista ya era tarde.

—Vení —dijo Renata.

La seguí. Recorrimos el pasillo y salimos por la puerta del fondo. Entonces vi el jardín que tantas veces había vislumbrado desde la calle. Aquello era como entrar en un mundo prohibido. Me guió entre una doble hilera de naranjos hasta la pared que separaba el terreno de la casa vecina.

—¿Sabés qué es? —preguntó señalando con el dedo.

—Un rosal —contesté.

—Eso es lo que parece —dijo.

Calló y advertí que era más alta que yo. De todos modos, la incomodidad del comienzo había ido desapareciendo. Renata se acercó un poco más al rosal y me contó una historia:

—Mi bisabuela se llamaba Renata, igual que yo. Era una mujer bellísima. Mi bisabuelo viajaba y la dejaba mucho tiempo sola. Se enamoró de un sobrino, quince años menor que ella, un muchacho. Pero él la rechazó. Entonces lo mató y lo enterró acá, junto al muro. A la semana notó que en ése lugar había nacido un rosal. Tomó una tijera y lo cortó. Pero el rosal volvió a crecer. Lo cortó. Y así muchas veces. Hasta que un día, mientras trataba de arrancarlo, se pinchó un dedo con una espina y quedó embarazada. Cuando dio a luz advirtió inmediatamente que el recién nacido era el sobrino que había asesinado. Entonces pensó en matarlo otra vez, aunque finalmente decidió alimentarlo y criarlo. Pero el chico no paraba nunca de mamar, jamás estaba satisfecho. Acabó con su leche y comenzó a chuparle la sangre. Mi bisabuela se fue debilitando y al poco tiempo murió.

Mientras hablaba, Renata no había dejado de mirarme. Calló y en el silencio que siguió pude advertir por primera vez el chillido de los pájaros. Sentí que ese jardín no estaba en el pueblo, sino en otra parte, y que tal vez nunca volviese a salir de él. No me sentía alterado, apenas un poco deslumbrado, extrañamente bien, como si aquello fuese natural y me hubiese pertenecido desde siempre. Por un momento, en esos minutos suspendidos, pude pensar que entre Renata y yo no había diferencias, que éramos iguales y lo seguiríamos siendo mientras permaneciésemos ahí.

—Dame la mano —dijo ella.

Estiré el brazo. Me arrastró suavemente, acercó mi mano al rosal y me hizo pinchar con una espina. Soporté sin chistar, sin moverme. Retuvo mi dedo frente a ella para ver brotar la sangre. Entonces busqué en sus ojos el placer perverso del que había oído hablar. Pero lo que vi fue gravedad y, me pareció, el color de la tristeza.

—Ahora —sentenció— vas a quedar embarazado como mi bisabuela.

Me soltó. Un golpe de viento trajo el olor de la primavera próxima y sentí que también en mí se disolvían durezas y entorpecimientos, que estaba dentro de una ceremonia y que en la voz de Renata y en su historia tal vez hubiese una verdad todavía incomprensible. Ella volvió a hablar.

—Andate —dijo.

Pero no había prepotencia en el tono, ni siquiera era una orden, sino la manifestación simple y clara de algo que debía ser hecho. Crucé el jardín, salí a la vereda y caminé hasta doblar la esquina. Apoyé la bicicleta contra un árbol, saqué mi libreta, la abrí y aplasté la gota de sangre sobre una hoja en blanco. Volví a guardarla en el bolsillo de la camisa, contra el corazón. Después me llevé el dedo a los labios y lo mantuve ahí. Monté y pedaleé calle abajo, hacia el horizonte quieto y abierto que se divisaba más allá de las casas.



VERANO BONAERENSE

Mar del Plata

VILLA VICTORIA OCAMPO. Matheu 1851.
• **Cine en el parque**, todos los martes y miércoles de febrero, a las 22.30 hs. Organiza Fundación Cultura Cine Arte Mar del Plata con el auspicio de **Página/12**. Pantalla gigante.
EXPOSICION DE AUTOS Y MOTOS ANTIGUAS, hasta el 17 de febrero de 16 a 20 hs. Con la colaboración del Club de Autos de Colección y Motos Antiguas de Mar del Plata. Lamadrid 3870.
CICLO DE VERANO EN LAS PLAYAS. Juegos recreativos y espectáculos. Rotativamente en La Perla, Playa Grande y Constitución. Viernes, sábados y domingos a partir de las 15 hs.
CICLO MUSICAL. Todos los viernes a las 22 hs. con la participación de artistas de renombre nacional.
LA ULTIMA NOCHE QUE PASE CONTIGO. Sábados, domingos y lunes a las 23 hs. Música caribeña de las décadas del '40 y '50.
ARCHIVO MUSEO HISTORICO MUNICIPAL. Villa Ing. Emilio Mitre. Lamadrid 3870.
• Muestra permanente **Momentos Históricos**, se desarrolla en las salas de P.B. de la Villa.
• **El ayer y el hoy Marplatense.** Con imágenes comparativas de la transformación urbana arquitectónica
MUSEO MUNICIPAL DE CIENCIAS NATURALES LORENZO SCAGLIA. Av. Libertador 3099.
• **El Museo en acción.** Diariamente de 10 a 12 y de 17 a 22 hs.
• Muestra de las principales actividades marítimas que tienen asiento en Mar del Plata.

TEATROS

ALBERDI. J.B. Alberdi 2453.
De martes a domingos a las 22 hs.: Lorenzo y Carlos Spadone presentan a **Hugo Varela** en **De Pe a Pa** y el éxito continúa.
ATLAS. Luro y Corrientes.
De martes a domingos 21.30 y 23.15 hs. Thelma Biral, Susana Campos, Nora Cárpena, Moria Casán, Graciela Dufau en **Brujas**, de Santiago Moncada. Dir.: Luis Agustoni.
BIBLIOTECA. Catamarca y 25 de Mayo.
• Sala A: **Crimen en la mansión encantada**, espectáculo reidero para toda la familia. Con Elisa Marval y José María Guimet. Jueves a domingos a las 22.15 hs. Todos los martes (excepto 22) Luis Caro en **Murga de los crotos.**
• Sala B: Jueves a domingos a las 22.15 hs.: **Pasado pisado.** Humor para olvidadizos de Marcelo Marán con Patricia Canale, Celia Martin, Jorge Frontera. Dir.: Enrique Baigol.
C.C.L.T. Colón 2052.
Lo mejor del Teatro Independiente. A las 22.30 hs., lunes y martes, J. M. Rapacciolli presenta: **Prévert, más que palabras.** Miércoles y jueves, Sergio Paris y J. Rivera Wollands en: **Humorbozo**, para reírse hasta la muerte. Viernes, sábados y domingos, Grupo Los Trascendentales presenta: **Merde, el último comediante.**
CENTRO MEDICO. San Luis 1974.
A las 22.30 hs. Lunes, miércoles, viernes y domingos. Estreno absoluto de: **Proceso de familia**, de Diego Fabbri. Una obra que no puede dejar de ver. Dir.: Francisco Rinaldi. Martes, jueves y sábados: **La ratonera**, de A. Christie en sus 11 años.
CORRIENTES 1. Corrientes 1766.
Diariamente 22.30 hs. Fernando Lúpiz, César Pierry, Judith Gabbani, Pablo Codevila, Liliana Bernard, Adriana Basualdo y Lucrecia Capello en: **Mentiro...S.O.S.** Dir.: Claudio García Satur.
CORRIENTES 2. Corrientes 1766.
Diariamente 22 hs.: Betiana Blum, Arturo Bonín en: **Love Letters** (Cartas de amor), de A. R. Gurney, versión Fernando Masllorens y Federico González del Pino. Dir.: Oscar Barney Finn.
DE LAS ESTRELLAS. Colón y la Costa.
De miércoles a lunes 22.30 hs. Sábados 21.30 y 23 hs. Gustavo Rozas presenta a Roberto Antier, Cecilia Etchegaray, José M. Monje, Ricardo Sbaraglia, Adrián Suar y Diego Torres en: **Pájaros in the nait**, de Korovsky-Hermida. Dir. gral.: Ricardo Darín.
ENCUENTROS. San Luis 2069.
Presenta Compañía de Teatro Colonial de Bs. As. en: **De cómo reírse en serio.** Con Ivana Molinari y Adrián Di Stéfano (Dir. Gral.) Miércoles y sábados a las 22 hs. Apta para todo público.
FEELING... OF THE NIGTH. Santiago del Estero 2265.
Todos los días a las 22.30 hs.: El show más espectacular para la mujer. Ahora el éxito de Bs. As. está en Mar del Plata: **Hombres sensuales en un verano caliente**, con la conducción de Sergio Devitte y la coreografía de Darío Martínez.
INDEPENDENCIA. Independencia 1462.
Presenta Compañía del Teatro Colonial de Bs. As. en: **Zarzuelas** (3ª temporada con nuevo programa). Auspicia embajada de España. Fragmentos de **La verbena de la paloma, La gran vía**, etc. Gran elenco. Dir. musical: F. Galvé. Diariamente a las 21.30 y 23.15 hs.
LIDO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 22 hs. Lorenzo y Carlos Spadone presentan: **Extraña pareja** (versión femenina), de Neil Simon, con Soledad Silveyra, Ana María Picchio, Perla Caron, Graciela Pal, Rita Cortese, Julian Howard y Roberto Caterineu.
NEPTUNO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 21.30 y 23.45 hs.: **Midachi** presenta su nuevo espectáculo: **Volumen III**. Para todo público. Lunes a las 22.30 hs.: **Luis Aguilé**, con su espectáculo **Música feliz.**
NOTARIADO. Colón e Independencia.
Alba Castellanos en: **El poeta y la Luna**, con Mayte Caparrós y Osvaldo Albornoz. Martes y jueves: 22.30. De viernes a lunes a las 22.30 hs.: **Mugres tempestuosas**, de la Fábrica Marplatense de Comedias
ODEON. Entre Ríos 1828.
"Divertidísima". Mercedes Carreras, Beatriz Taibo, Mario Sapag en: **La cigüeña dijo sí**, con Victoria Carreras, Gabriel Lenn y la actuación estelar de Francisco Llanos. Autor Carlos Llopis. Dir.: Enrique Carreras. Miércoles, jueves y viernes a las 22 hs. Martes, sábados y domingos a las 21 y 23 hs. Apto para todo público.
PLAZA. Rivadavia 2332.
De martes a domingos a las 23 hs. Lunes a las 22.30 hs. Unico espectáculo internacional: **Pavlovsky**, con Angel Pavlovsky.
PROVINCIAL. B. Marítimo 2300.
E.Estevánez presenta a Carlos Calvo, Enzo Viena, Cris Morena, Pablo Rago, Mabel Landó, O. Echegoyen en: **Mi familia**, de Neil Simon. Dir. gral.: Carlos Olivieri. De martes a domingos a las 21.30 y 23.30 hs.
RE FA SI 1. Luro 2332.
De martes a domingos a las 22 hs. Grupo La Banana Loca, presenta el show cómico musical: **Humor... con humor se paga.** Apto todo público. Lunes a las 22 hs. Grupo Los Fiambres presenta: **Fiambres en las góndolas.** Musical con espinas. Apto todo público.
Viernes sábados y domingos a las 0.15 h. Miguel Angel Vaccaro presenta a Daniel Aráoz y el Turco Salomón en: **Dos ladrones en contramano.**
REGINA. San Martín 2426.
De martes a domingos 21.30 y 23.30 hs.: Darío Vittori, Beatriz Salomón y elenco en: **Noche de gatos.**
SANTA FE. Santa Fe 1854.
Claudio García Satur y Patricia Palmer en: **De mil amores**, con Alfredo Zemma. Apto todo público. Martes, miércoles, jueves y domingos a las 22 hs. Viernes y sábados a las 22 y 23.30
TEATRO MARPLATENSE LA GRANA. Av. Colón y Guido.
Presenta: **Una libra de carne**, de Agustín Cuzzani. Dir.: Roque Basualdo. Elenco: Hugo Cogan, Claudio Acuña, Víctor Iturralde, Juan José Luques, Jorge García, Jorge Ramírez Jar, Mario González y Claudio Basualdo. Viernes a domingos 22 hs.
TRONADOR. Santiago del Estero 1746.
Presenta: **Rumores**, de Neil Simon, con M. Busnelli, J. Leyrado, M. Valenzuela, R. Darín, J. L. Mazza, R. Randón, A. Maly, A. Salgueiro, R. Flore, A. Majluf. Dir.: Ricardo Darín. Martes a domingos a las 22 hs. Sábados: 21.30 y 23.30 hs.
TEATRO PLAZA. Rivadavia 2332.
A las 23.30 hs.: **Cachondeo nocturno.** Un show de humor distinto. De E. Segalini, actor, mimo, clown (ex Botton Tap) y elenco. Canta Silvina Camara.

VARIEDADES

BAILABLE SOCIAL RIVADAVIA. Entre Ríos 1864.
Discoteca exclusiva para mayores de 25 años. Venga a bailar con todo ritmo de la noche. Tango, jazz, tropical. "Carnaval Carioca". Abierto todos los días desde las 22 hs.
FERROSHOW. Teatro Circular del CEF N° 1.
Una monumental maqueta de 260 m2 surcada por infinidad de trenes y locomotoras de todas las épocas, en réplicas exactas a escala 1:87. Todos los días: 20.30 y 22.30 hs. (con mal tiempo, también a las 18.30 hs.) niños gratis.

CIRCOS

ESTRELLAS DE MOSCU. Super Domo. J. B. Justo y Edison.
Artistas egresados del Instituto de Arte Circense de Moscú, diariamente a las 22 hs. Sábados 20 y 22 hs. Días lluv. 16 hs.
CIRCO ORLANDO ORFEI. Puerto.
Todos los días a las 19.30 y 22.30 hs.
RODAS. Puerto.
Diariamente funciones a las 20 y 22.30. Días nublados a las 16 hs.
ORLANDO TERRY. J. B. Justo 300.
Diariamente funciones a las 20 y 22.30 hs. Días nublados a las 17 hs.

Necochea

TEATROS

DE LA ESQUINA. Av. 73.
Show Mágico: Jorge Guillermoni. Martes a domingos a las 23 hs.
DE LA PEATONAL. Calle 83 e/2 y 4
Anclado en Madrid, de Roberto Ibáñez, con R. Carnaghi y H. Grosso. Dir.: V. Cosse. Martes a domingos 23 hs.
PLAZA. Calle 85 y Bis.
Modelos de madres para recortar y armar. Por Grupo Candilejas. Jueves a domingos a las 22.30 hs.
Inodoro Pereyra "El Renegau", por el Grupo de Acción de Rosario. Jueves a domingos 24 hs.
TEATRO MUNICIPAL. Calle 54 N° 3076.
Presenta el unipersonal de **Danilo Devizia.** Viernes a domingos 22 hs.

Villa Gesell

MUSIC HALL

BEL-MOTEL. Alameda 206 y Calle 303.
Viernes, sábados y domingos: **César Isella y Grupo Cantoral.** Jueves y sábados: **Carlos Barocela.**
POUR L'ETE. Avenida 3 y Paseo 124.
Café Concert. Todas las noches show musical con distintas figuras. **Willy Toledo, Bocha Retegui, Walter Acosta.**
POLIDEPORTIVO MUNICIPAL. Paseo 110 e/Boulevard y Av. 10
Portal, rey de los monos. Una propuesta de Raúl Portal para todos los pequeños. Todos los días de 18 a 24 hs. Días lluviosos de 16 a 24 hs.
CASA DE LA CULTURA. Avenida N° 3 entre Paseos 108 y 109.
Lunes y martes a las 23 hs.: **La señora Klein.** Con Mabel Manzotti. Miércoles y sábados: **Inodoro Pereyra**, Rudy Chernicoff.
Jueves Comedia Municipal de Villa Gesell con **Balada para un asesino.** Viernes y domingos **Reunión cumbre**, con Jorge Butron.